

ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Emilio Rodríguez Demorizi

TRUJILLO
y las aspiraciones dominicanas

DISCURSO EN SANTIAGO

EDITORA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1957





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Emilio Rodríguez Demorizi

T R U J I L L O
y las aspiraciones dominicanas

DISCURSO EN SANTIAGO

EDITORIA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1957





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



*Contestación al Discurso del Lic. Edmundo
Batlle Viñas, Presidente del Honorable Ayun-
tamiento de Santiago, en el brindis de estilo
efectuado en el Palacio Consistorial de la
Villa en conmemoración de la Batalla del 30
de marzo de 1844.*

Santiago, 30 de marzo de 1957.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

**Con la venia del Padre de la Patria Nueva
y del Excelentísimo Presidente de la República;**

Señores:

Como Príncipe que deja su trono al más modesto de sus vasallos para que diga la palabra del Imperio, así la Suprema Autoridad de la Nación ha querido, en gesto digno de la democracia más acendrada, que sea el simple ciudadano que preside la Academia Dominicana de la Historia quien diga en este solemne acto la palabra de la República.

Apegado, como a un hondo amor, al orgullo de sus gloriosas tradiciones, el noble pueblo de Santiago conmemora en este día la Batalla portentosa en que Imbert y Valerio arrojaron hacia sus antros a las bárbaras hordas de Pierrot, y a la vez asocia a su magna efemérides sus reverentes homenajes al Reconstructor de la Patria y a su Ilustre Primer Magistrado.

La épica jornada del 30 de marzo fué, en nuestras guerras de la Separación, la batalla de los milagros. La falsa noticia de la muerte del Presidente Charles Herard, en la Batalla de Azua, induce al General Pierrot a convertir su derrota en carrera desbocada con el objeto de adueñarse del Poder; y Herard, a su vez, frente al fracaso de Pierrot, no se decide a lanzarse sobre las tropas colecticias de Santana, y, al fin, ante la actitud hostil del mismo Pierrot y ante la conspiración que surge con-



tra él en Puerto Príncipe, abandona e incendia la villa de Azua y queda salva la República.

Es la mano de Dios que viene en ayuda del creyente pueblo de Duarte, cuya fe es prenda de sus victorias, fe que robustece los ánimos, que le da sentido cristiano a nuestra causa y que inspira esta exclamación surgida de lo profundo de la conciencia de nuestros próceres: *La República Dominicana es hija de la Providencia!*

Pero el mayor milagro en la batalla de Santiago, como en los prodigios bíblicos, fué la hueste dominicana ilesa e invicta, mientras la legión enemiga, era diezmada por la muerte. Para comprender ese gran milagro de la estrategia y del heroísmo, basta asomarse al campo de batalla: un alto anfiteatro, cubierto de trincheras y de reductos y guarnecido por la artillería, y abajo, en la hondonada de Gurabito, al descubierto, el ejército de Pierrot que avanza en masa. ¿Cómo había de perecer ningún soldado, protegido en las defensas improvisadas por Imbert, cuando, sin tiempo para las primeras descargas, el ejército haitiano retrocedía ante la anticipada acción de la fusilería y de los cañones dominicanos? ¿Qué guerrero haitiano, en aquellos instantes, podía volver sus armas contra la formidable carga de los andulleros y abatir a uno solo de esos jinetes que llevaban en la diestra las tempestades del machete, tajante como la espada del Cid y poderoso como la maza de Hércules?

Para los héroes del 30 de marzo la victoria tenía algo de la venganza divina de que hablan las Antiguas Escrituras, porque era la derrota del más leal y consecuente compañero de armas de Dessalines, feroz asolador de Santiago y de Moca, como si en aquella gloriosa función de armas el pueblo santiagués se vindicara de la barbarie del Atila haitiano en la persona de Pierrot.

Tal fué la realidad, realidad esplendente en que intervinieron de consuno la Providencia, el valor y la estrategia y que le dió a la acción del 30 de marzo el



mismo rango de las batallas de Azua y Las Carreras. Es que las batallas no se miden por el número de sus muertos, como las epidemias, sino por sus consecuencias. Y esas consecuencias no pudieron ser más evidentes, más grandes y resonantes: la salvación de Santiago; la salvación de su ejército; la estabilidad de la República.

No bastó esa gloria a la Villa de los Treinta Caballeros y nuevamente fué salvaguardia de la República. Si en la Guerra de la Separación a la vetusta ciudad de los Colones le tocó la primacía, porque de allí irradió la luz de libertad encendida por Duarte, en la Guerra de la Restauración el más alto privilegio correspondió a Santiago, porque a ello le daba derecho la pujanza de sus hijos y las sagradas cenizas de su incendio, sobre las cuales se asentó el Gobierno de la Patria resurrecta.

Quisieron, sin embargo, los nefandos hados de nuestra historia pretérita que sobre sus lauros se cernieran las aves agoreras de las civiles discordias: una revolución tras otra revolución, en un trágico encadenamiento que arrastra al exterminio, a la pobreza, al retroceso moral, a la inanidad frente a las depredaciones fronterizas, al permanente caos civil que abarca a toda la República con sus siniestras amenazas de anonadamiento.

En esa hora de demencia de la razón, de entronizamiento de la guerra civil, surge en Santiago con todo su patriótico fervor la palabra de sus grandes hombres civiles, el mesiánico Espaillat y el apostólico Peña y Reynoso. Es la dramática lucha del periodismo, de la tribuna, de la escuela, contra la montonera, contra el desorden, contra los desaciertos gubernativos, contra los empréstitos, contra la incuria ante el lento y ominoso oleaje haitiano, contra el desbordamiento de la ambición política estimulada por la ignorancia, que encontró su exacta expresión en la fórmula de todo guerrillero, por ilimitada que fuese esa ignorancia: *general o gusano*.

Aspiraba Espaillat a que todos los partidos en pugna comprendiesen la necesidad de hacer el sacrificio de



sus respectivos intereses, y sin embargo hubo de descender del solio sin haber realizado siquiera algunas de las muchas y legítimas aspiraciones de su pueblo, pero sí con la amargura de comprobar él mismo que las funciones del Presidente de la República habían venido a ser, desnaturalizadas por las exigencias cotidianas, como él decía, ni más ni menos que las del Síndico de una quiebra.

Peña y Reynoso, a su vez, creaba la meritísima Liga de la Paz, encaminada a promover la civilidad entre los dominicanos, cuyo juramento refleja el horror de las revoluciones:

Juro por Dios, mi honor y todas las víctimas de nuestras contiendas civiles, servir fiel y decididamente a la Patria.

Para infortunio de la República, las aspiraciones de Espaillat y de Peña y Reynoso fueron voz clamante en el desierto, y Santiago, y la República toda, continuó siendo víctima del inacabable deporte de las revoluciones.

Mas no tenemos, por ello, derecho a infamar nuestro pasado. Eran nuestros padres y sus culpas quedaron expurgadas en sus propios padecimientos y en la angustia de sus aspiraciones insatisfechas. Porque ante cada lamentable caída sus ilusiones de progreso y de paz crecían de nuevo con la ansiedad del naufrago que tiene ante los ojos el ánora de salvación inalcanzable. Así crecen las aspiraciones civiles de Santiago, que son a la vez de toda la Nación. ¿A qué se aspira entonces? Entre las voces, también clamante en el desierto, como la de Espaillat, se alzaba la del glorioso periódico puertoplateño *El Porvenir*, ya en 1888, cuyas angustiosas imploraciones escucharéis ahora con amargura retrospectiva pero a la vez con la emoción de que cada una de ellas tiene aquí mismo, entre nosotros, a quien ha de sentirse aludido, como si desde el fondo del pasado le reclamasen:



Oculto entre las nieblas cubre su faz dudosa el porvenir tristísimo de la República;

quiénes son los que toman sobre sus robustos hombros las grandes responsabilidades sobre lo futuro?

quién el que con fe racional asegura al país el pacífico, libre y digno desenvolvimiento de las cosas?

quién evitará que los grandes y fundados temores de desequilibrio general que se abrigan se conviertan en sangrientas realidades?

quién está meditando un sistema económico de hacienda que salve al país de la infalible bancarrota?

quién favorecerá la agricultura y la ensanchará y hallará el medio de que las necesidades del erario no la lastimen ni la menoscaben?

quién promoverá la industria y facilitará el comercio y dotará a la Aduana de un científico sistema arancelario?

quién dará el golpe de muerte al terrorismo, y cimentará el imperio de las instituciones y la observancia de las leyes, e imprimirá a la administración pública el sello de la justicia?

quién desechará el favoritismo, confiará los cargos públicos a los que sean capaces de desempeñarlos, y pedirá estricta cuenta de sus actos a los desempeñantes?

quién arrancará de la mano de las autoridades subalternas el abuso que hacen de sus facultades?

quién será aquel que no mate el trabajo, y que no mime y amamante el ocio, y que devuelva a la actividad individual, los fuertes brazos que en ella un tiempo se vigorizaban?

quién que atienda a la decadencia de las ciudades y a la miseria de los campos, y salve la República de su total ruina?



y quién la pondrá a cubierto de las asechanzas de aquellos que desde hace cien años la espían y le preparan la mortaja?

quién que nos garantice nuestra nacionalidad?

Al término de esas angustiosas demandas el noble vocero se respondía a sí mismo con esta sola y tristísima palabra: *Esperemos*.

Y el pueblo continuó esperando, y continuaron las revoluciones y vinieron los empréstitos y el vecino en acecho persistió en sus depredaciones y continuó el caos que había de desembocar, como arroyo cenagoso, en la vergonzosa ocupación de 1916, porque las dramáticas preguntas seguían repitiéndose y la espera alargándose.

Ya en los turbulentos días de 1913 se alzó de nuevo, con renovada fuerza, la voz clamante de Santiago, voz de toda la República. ¿Quién osa alzar el inerme brazo entre la niebla? Desde el noble periódico de los Vila Morel, *El Diario*, un ciudadano que ya reposa en nuestro cementerio y cuyo nombre no debo mencionar porque está muy cerca de mi corazón, es entonces el intérprete de las aspiraciones de Santiago. A plena conciencia, porque no pertenecía a ninguno de los bandos que se repartían vorazmente lo que él llamaba la *res pública*, señalaba lo que debió haberse hecho una vez realizada la Convención de 1907:

Restablecer la riqueza pública, aumentando la agricultura, favoreciendo las industrias y ensanchando el comercio, y preparar todos esos medios con el fin de restablecer el crédito de la República, que es obra del tiempo, para, conseguido esto, desprender a la misma de sus obligaciones con el gobierno americano y devolverle su autonomía económica y política.

La frustración de esos dos propósitos, de esas dos aspiraciones de Santiago, le arrancaron al articulista de *El Diario*, como jirón de un alma acongojada que ya estaba camino del sepulcro, esta exclamación tan amarga



como profética, no digna de Casandra, anunciadora de males, sino del arúspice que en horas de infortunio vaticinaba la grandeza de Roma:

Pobre país, en donde se fabrican hombres de Estado con la misma facilidad con que se fabrican castillos de naipes! Todavía no ha aparecido el Héroe legendario que de golpe y porrazo te libre de tantas personalidades de cartón, y haga de ti lo que mereces por la buena índole de tu pueblo, pero el Héroe vendrá, y ¡ay de los obsecados y temerarios que se creen políticos de mérito por el sólo hecho de haberse adueñado de los asuntos públicos....!

Como en apretada síntesis de nuestra historia republicana, el atormentado articulista agregaba esta verdad:

La República, para nuestra desgracia, no ha tenido un solo caudillo inteligente que haya dominado por completo a todos sus adversarios y haya hecho respetar el Poder.

Y todavía agregaba otra verdad: *la nación está inutilizada para el progreso*, y esta otra que resumía todo su pensamiento y todas las ansiedades de su pueblo:

Es necesaria una reacción estupenda!

Qué grandes verdades y qué extraordinarios vaticinios! Qué emoción para todos nosotros tener aquí mismo al Héroe legendario suspirado por Santiago; al caudillo inteligente que ha dominado a todos sus adversarios y hecho respetable el Poder; al gobernante que realizó la *reacción estupenda*, que hoy nos congrega en torno suyo!

Para realizarse esa formidable reacción fué menester la necesaria mutación del concepto de gobierno enraizado en la retardataria política de antaño, reducido a esta expresión rudimentaria tan en boga entonces: *el que manda, manda*. Gobernar, pues, era mandar. Y fué mandar, y nada más, en realidad, hasta que los domini-



canos pudieron repetir la exclamación del Profeta Isaías: El pueblo que marchaba en la oscuridad ha visto una gran luz.

Es que la idea de gobierno ha evolucionado en el país con mutabilidad pasmosa, ora avanzando, ora retrocediendo, pero dando, al fin, el salto hacia la meta.

Para Duarte, Fundador de la República, el concepto de gobierno estaba sintetizado en el excelso lema forjado por él, que es algo así como la bandera de nuestros principios republicanos: Dios, Patria y Libertad.

Para Santana gobernar era no más que la estricta sujeción a esa desconcertante obsesión de orden que él juzgaba indispensable para la imperativa preservación de nuestra hispanidad; ese orden sagrado e inviolable, como vestal augusta, que le arrastró ineluctablemente al frustrado ensayo de la Anexión a España y que justifica sus actos de desbordada energía, si es que se requiere justificar la previsor acción de la realidad frente a las utopías de los ideólogos, a la barbarie de las masas y a la informe educación política.

Para Tomás Bobadilla, Proteo de los políticos dominicanos y a la vez Salamandra de la política, indemne al fuego y al viento de sus incertidumbres, gobernar era también ajustarse al imperio de la realidad.

Para el sagaz Buenaventura Báez gobernar era arrancarle a la política todos sus fueros y sus triunfos, como si fuese a la vez discípulo de Saavedra Fajardo y de Maquiavelo.

Para Espaillat y para Billini, nuevos trinitarios de la política dominicana, gobernar era algo utópico, sembrar, cultivar, pero sin la previa faena de cercar la labranza para salvarla de las bestias montaraces, símbolo de las salvajes montoneras de antaño.

Para Luperón, más ambicioso de gloria que de predominio, porque él vivía el divino pecado de la grandeza, gobernar era fomentar el nacionalismo y luego el an-



tillanismo, que le dió puesto de honor entre las grandes figuras de la ilusoria Confederación propugnada por Hostos y Betances, por Gómez y Martí.

Para el férreo y caótico Ulises Heureaux gobernar era lo que para el recio General Narváez en los tiempos más duros de España: resistir.

Para Ramón Cáceres gobernar era un acto de buena fe: confiar en sus hombres de armas, para el mantenimiento de la paz, y confiar en sus hombres civiles para la reorganización administrativa del Estado.

Toda esa deficiente concepción del arte de gobernar, porque en ella no entraba, en la práctica, su primordial elemento constitutivo, la dinámica, no podía, por consiguiente, promover la felicidad del pueblo dominicano, sino acrecentar la inestabilidad de los gobiernos sin el logro de esa unidad en el esfuerzo sucesivo que es base de todo auge social y humano.

Empero, por entre esa caduca serie de definiciones del complejo concepto de gobierno, que corresponde a la tortuosa vida de la República, emerge una definición que, trasponiendo el límite de la simple enunciación teórica y el imperfecto marco de las realizaciones a medias, ensancha los horizontes de una inabarcable suma de realidades. Es la definición exacta que nos sugiere a todos la acción ciclopea del Generalísimo Trujillo; esa definición que, aún siendo formulada en este instante, no nos parecerá de ninguno de nosotros, sino del propio egregio Estadista, como si él se alzara ahora de su asiento para formularla solemnemente con su propia palabra y con su propio gesto:

gobernar es superar las aspiraciones del pasado y las aspiraciones del presente y adelantarse a las aspiraciones del porvenir.

Esa definición, que corresponde a una idea evolutiva y a una acción ascendente, abarca en sí lo que Alberdi limitaba a esta sola palabra: educar; y Sarmiento a es-



ta otra: poblar; lo que Cánovas llamaba concertar voluntades y hechos diferentes; lo que Weber consideraba lo más difícil del intelecto humano; lo que San Gregorio Nacianceno llamaba la ciencia de las ciencias; lo que para Pope era administrar, que él sintetizaba en esta fórmula perfecta: dejad a los insensatos litigar sobre la forma de gobierno: el mejor administrado es el mejor.

Todos somos testigos y usufructuarios de la realización de las superadas aspiraciones del pasado y del presente y huelga ahora su imponente enumeración. Pero al menos cabe señalar que una de esas aspiraciones que corresponden hoy al errático presente del Universo, la solución del gran problema del Siglo, pertenecía al porvenir, no sólo en nuestra Patria, sino en todo el Orbe, cuando el Generalísimo Trujillo se anticipó a afrontarlo, a combatirlo y a anonadarlo entre nosotros. Es obvio que me refiero al marxismo, la imposible dictadura del ateísmo y la descomposición política, propios de las naciones corrompidas y opuestos al Estado y a los principios racionales que lo sustentan.

Es que nuestra invulnerabilidad contra el comunismo está asegurada, porque Trujillo ha colocado a su país por encima de aquella clarividente fórmula de un discutido político europeo según la cual la lucha contra el marxismo sólo puede ser llevada a cabo por un pueblo que haya encontrado una nueva estructura de vida interna y que esté a la altura de los valores dinámicos del siglo veinte: *una estructura social, en una forma nacional.*

Dentro de esa forma nacional se ha robustecido y acendrado el patriotismo integérrimo del Generalísimo Trujillo, como si junto a cada anhelo de nuestros próceres pusiera sus anhelos; como si cada una de nuestras batallas fuese, para él, algo incompleto que necesitara de su ánimo, de su brazo y de su espíritu. Más que ilusión, más que poesía, es la realidad que nos enseña la lumbre de su verdad: en toda gran batalla hay siempre



algo que permanece en suspenso por cima del humo de la pólvora, del chasquido del machete y del estruendo de los cañones; algo que se proyecta más allá de la hazaña: es que una batalla no es cabalmente definitiva mientras no es aprovechada en toda su magnitud por las generaciones posteriores. Por eso es ahora, tras la dominicanizante empresa de Trujillo, cuando podemos exclamar que la Batalla de Santiago ha llegado a su momento culminante; ahora es cuando podemos decir, al cabo de una centuria, que las hordas de Pierrot están del otro lado de la Frontera; ahora es cuando podemos celebrar sosegadamente las proezas de Imbert y de Valerio, seguros de que su victoria es ya definitiva; ahora es cuando el pueblo de Santiago, que vive, como soldado embrazado a su escudo, junto a su campo de batalla, que es como parte de la casa solariega de cada santiagués, puede mostrárselo orgullosamente al caminante y transmitirle esa honda emoción, ese enardecimiento cívico que nos ofrece el lugar sagrado en que fué salvada una nación, en que el Dios de la guerra dejó las desolaciones de la muerte, en que fué desviado, entre el fragor de las armas, el curso de la historia.

Señor Presidente del Ilustre Ayuntamiento
de Santiago:

Porque aquí se anunció proféticamente la llegada del Héroe legendario que haría de su pueblo cuanto de bueno merecía; porque aquí, junto a Diego de Ocampo, por azares inescrutables, saltó hacia adelante la providente estrella de Trujillo; porque aquí se inició la Evolución del 23 de febrero de 1930, que no fué más que un eco de las angustias cívicas del militar insomne que en sus cuarteles del Ozama veía contrito derrumbarse la caduca estructura del Poder contra la que se ensañaban la ambición y la estulticia de los caciques; porque ha sido Santiago la ciudad más beneficiada por la Paz de Trujillo; porque ella fué la población dominicana que recibió con mayor persistencia y con mayor



despliegue de barbarie, el impacto de las invasiones y luego de las luchas fratricidas, nada más justiciero ni acertado ni más pleno de sugestiva significación que este extraordinario gesto de los caballerescos hijos del Yaque al convertir su fecha clásica, el magno día de su Batalla, en día tradicionalmente consagrado a rendirle su fervido tributo de respeto y de amor al Forjador de la Nueva Patria, al Salvador de la República, como si quisiese que ese entrañable homenaje estuviese sellado, ennoblecido y magnificado por el orgullo de su presente y por la gloria de su pasado.

Tened, en fin, la íntima certeza y la satisfacción profunda de que en vuestro emocionado brindis por los héroes del 30 de marzo y por la salud y ventura del Padre de la Patria Nueva y del Excelentísimo Primer Magistrado de la Nación, os acompaña devotamente toda la República.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

